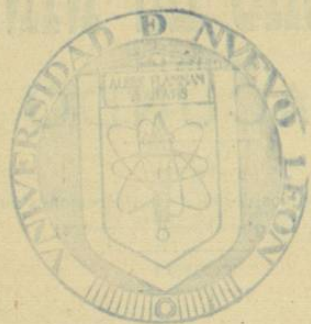


PQ7297

C77

1889

V.5



BIBLIOTECA



FONDO DE BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

---

# CHUCHO EL NINFO

---

## CAPITULO I.

En el que se vé que el amor acaramelado  
de las mamás no es el mas apropiado para criar  
héroes.

ALLÁ pór los años de cuarenta á  
cuarenta y uno pasaba todas las  
mañanas por el costado del Norte de  
la Alameda, una criada jóven, limpia y  
relamida, conduciendo á un niño muy  
lindo.

La criada se miraba en el niño; lo  
cual no era un obstáculo para que el



alamedero se viera en la criada; porque al pasar, criada y niño, por la puerta que vé á la Santa Veracruz, el alamedero se paraba allí invariablemente para saludar á la criada.

El niño se veía libre de la mano que lo conducía y se ponía á jugar, mientras el alamedero hablaba cosas más formales con la criada.

Al niño, al alamedero y á la criada se les hacía tarde. Solía trascurrir una hora, de esas que parecen un soplo, horas de niño, horas de amor, que se pierdien sin saber como.

Al cabo de esa hora, el calor del día había aumentado, y con el calor los colores de la criada, que estaba entonces más bonita; el niño se había empolvado los zapatitos y el alamedero había tenido tiempo de hacer en el respaldo de la banca un agujerito, donde le cabía el dedo.



Al niño, al alamedero y á la criada, se les hacía tarde.



Como todos los días se sentaban en el mismo lugar, el agujerito iba siendo más hondo.

Esta manía de perforación no es solo peculiar del alamedero en cuestión; la incuria tiene una mímica talarante, significativa y especial.

El indio sobre todo, no trata de asuntos amorosos sin rascar la pared, la beldad cerril no oye si no rasca, y el elocuente lenguaje de las manos, el recomendado acto segundo, se reduce en ciertas gentes á hacer un agujerito.

La criada y el niño seguían el camino de la escuela y el alamedero se quedaba parado.

El niño había nacido el día del Dulce Nombre de Jesús; lo cual, en concepto de su mamá, había sido una felicidad, en virtud de la cual le daba á su hijo el nombre ménos parecido al del Mártir del Gólgota: le llamaba Chu-



cho, y Chucho le decían todos, y como tal Chucho nos le presentaron en el mundo.

Chucho tenía siete años; pero representaba cinco, y estaba aprendiendo á leer en una amiga, porque su mamá temía que los niños de la escuela le enseñaran algo malo á Chucho, lo cual no podía suceder con las niñas.

Chucho, sin ser precisamente de la opinión de su mamá, estaba muy contento entre las niñas: bienestar á que quedó aficionado perpetuamente.

Chucho era dócil, manso, dulce é inocente.

Era la adoración de su mamá.

Hablaremos de su mamá. Era toda amor: por amor se había casado con un oficial, con la intervención de la autoridad y sin el consentimiento paterno; por amor había seguido á su marido al campo del honor en donde

quedó viuda; por amor lloró largos días y por amor se sacrificaba por Chucho. La mamá de Chucho era lo que se llama vulgarmente un terrón de amores.

Tenía veintiseis años; y no era precisamente una hermosura, pero tenía un *chisgo* y un aquel, que al difunto militar lo volvieron loco.

Se llamaba Elena y era hacendocita, devota y locuaz.

El ministro de la guerra tenía simpatías por Elena, lo cual proporcionaba á la viuda comodidad en la quincena y con esto y *las buscas* de que hablaremos después, Elena y su hijito Chucho ne le llegaban á ver las orejas al diablo de la miseria, sino que, por el contrario, no faltaba lengua que, de las comodidas de la viuda, sacase intrincadas y difamatorias deducciones.

La infancia de Chucho atravesó por



esa clínica complicada y penosa de la mayor parte de los niños en México, época fecunda en peripecias, las más veces precursoras de pérdidas tempranas.

Llama la atención, de día en día, el obituario de los niños: la muerte se complace en arrancarle á México á centenares sus botones; y cuando estos se salvan de los peligros inminentes de la infancia, es para guardar lesiones que, cuando menos, marchitan á los niños, dejándoles desmedrados y enclenques, pequeños, débiles y malcriados como los *pollos de la ensalada*.

Entristecen esas reuniones de niños que, conducidos por las mamás y las nodrizas, salen á buscar en el Zócalo ó en la Alameda un poco de oxígeno, después de una bronquitis, una pulmonía, una disenteria ó el crup.

Gavarni no podría menos que representar esos grupos inocentes por medio de un manojito de salsifis, ataviados con sombreritos con plumas y flores.

Chucho tuvo todas las enfermedades, desde las de la dentición hasta las de la falta de higiene y sentido común de la almibarada Elena, su madre, quien, como quería tanto á su hijo, lo mataba.

Elena no empleaba el caudal de razón, de superioridad y de experiencia de la madre para criar á su hijo, sino solamente el inmoderado deseo de complacerlo.

Chucho no era el ser débil y tierno, cuya difícil conservación está encomendada á ese cuidado y desvelo maternal, de que nos dan tan elocuentes ejemplos los animales; no, Chucho era un tiranuelo en pañales que borraba



con el torrente de sus lágrimas toda medida racional para su conservación.

Elena creía firmemente, que su única misión como madre era darle gusto á su hijo.

Las lágrimas de Chucho eran un *ukase* para Elena.

Chucho llorando, hubiera hecho de Elena una heroína.

Elena perdió á girones su lozanía, viéndose en Chucho.

El amor maternal estaba representado por el conjunto de todas las condescendencias; y nunca mayor suma de tiranía estuvo representada en sultan tan pequeño.

Chucho nació dominando para que nunca naciera en él la intuición de la primera superoiridad: la madre.

Tan luego como Chucho supo pegar, le pegó á su madre. Elena festejó esta primera gracia, admirándose ingenuamente de la precocidad del niño.

Chucho sabía romper juguetes de alto precio, y era muy afecto á jugar con pesos fuertes, á que llamaba *medios*.

Efectivamente son el medio que conduce al hombre á todos los fines.

Elena, en suma, era la madre más mimosa que se conoce: era casi tan consentidora y tolerante como la patria, y Chucho asumía la soberanía nacional.

Así fué creciendo Chucho, objeto siempre, y á pesar de todo, del más acendrado de los cariños.

Chucho era uno de los niños más bien vestidos y más bien aseados que se conocen, pues el aseo era una de las pasiones dominantes en Elena.

Chucho era, además, un niño muy bonito, que le disputaba la hermosura á su madre.

Elena estaba loca de gusto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, N.P.M.



Un día lloraba Chucho á reventar, aturdía, cansaba, alborotaba el mundo.

El niño á quien Elena llamaba su rey, y su ídolo, y su todo, tenía un capricho: quería pegarle con su espadita á un niño pobre; la madre del niño pobre estaba pidiendo limosna á Elena.

—¿Como darle gusto á mi hijo? decía esta.—Señora; continuó dirigiéndose á la pobre: ¿quiere usted que mi Chucho le pegue á su hijo de usted?

—¡Señorita! exclamo la pobre.

—No tenga usted cuidado, tome usted esto, y le dió un peso; yo le cambiaré á mi hijo su espadita de fierro por una de cartón.

—¿Y si lastimare á mi hijo, señorita?

—No hay que temerlo, es un juguete; pero vea usted á mi hijo como llora; consienta usted, consienta usted; se lo suplico.

Chucho logró pegarle al niño pobre, madre é hijo quedaron satisfechos.

El niño pobre no lloró; pero la madre pobre sí lloró sobre aquella moneda más valiosa y más amarga que todas.

Hé aquí por qué camino y por medio de qué circunstancias se habían sofocado en el alma de Chucho estos dos sentimientos:

El respeto á la madre, y la consideración á los pobres.

Estas condescendencias habían hecho en la moral de Chucho lo que hacen los jardineros para impedir el nacimiento de una rama en el arbusto; destruir las yemas.

Como los niños le hacían mal á Chucho, y las niñas no, Elena procuraba inculcar á su hijo esta máxima:

—No quieras á los hombres.

—¿Y á las mugeres? preguntaba el angelito.

—A las mugeres, sí.



—Por eso quiero á las niñas de la amiga.

—¿Y á mí, me quieres?

—A tí no.

—¿Por qué, mi rey?

—Por que no me compras un coche.

—Yo te lo compraré, encanto mío.

—Pero pronto.

—Muy pronto, mañana.

En el fondo de este pequeño diálogo, había otras dos yemas que Elena destruía para que no crecieran las ramas

No crecerían ni la sociabilidad, ni el valor pero en cambio; nacería la pasión por el lujo, sacrificando á este vicio social el amor filial.

Elena y un usurero compraron al día siguiente un lindo cochecito de muelles para Chucho, y en el mismo día un tronco de chivos guarnecidos.

Chucho atesoró con hartura en su pequeño corazón toda la dosis de orgullo de que es capaz un niño.

Elena, toda la vanidad de madre que representaba el papel de rica y hacía feliz á su hijo.

El usurero acumuló otro veinticinco por ciento al crédito de Elena.

Los tres estaban contentos, el cochecito de Chucho hizo gran sensación en *las Cadenas* y en la Alameda.

En ese día no se hizo más que pasear á Chucho.

Chucho estaba más bonito cada día, y despues de sus enfermedades crecía con ese desarrollo lento de los niños débiles, y apenas una tinta sonrosada como de rosa pálida coloreaba sus mejillas.

Elena, no obstante, veía con placer aquel desarrollo; y al notar que las formas del niño se redondeaban aban-



donaba sin dificultad, la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba á contemplarlo bajo la forma femenil.

Elena había agotado ya todas las modas, y su imaginación se había cansado inventando trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un día le ocurrió vestirlo de muger.

Chucho se exhibió vestido de china.

Estaba encantadora, según Elena; y como Chucho era objeto de repetidos agasajos en traje de hembra, se aficionaba á esta trasformación que halagaba su vanidad de niño bonito y mimado.

Esta metamórfosis, y estos mimos, y más de que hablaremos despues, iban preparándole á Chucho para más tarde el adecuado y no muy envidiable nombre de Chucho el Ninfo.



## CAPÍTULO II.

En el cual comienza la descripción de las luces, maitines, función y procesión de la virgen de la Merced.

EL 16 de Setiembre del año de 1840, á eso de las siete de la noche, las calles de la Merced ostentaban mayor número de faroles en sus balcones y puertas, no precisamente porque en aquel día se celebrase el trigésimo aniversario de nuestra independencia, sino porque en ese mismo día había comenzado el novenario de Nuestra Señora de la Merced, y este acontecimiento solía entonces conmo-